

cia; los autores noruegos de novelas de ninfas del arroyo, y desgraciadamente también una parte de nuestros realistas de la «Joven-Alemania». Este grupo está fuera de la literatura; forma una parte de esa hez de las grandes ciudades que por horror al trabajo y cebo del lucro, cultiva profesionalmente la inmoralidad y ha escogido este oficio con plena responsabilidad, únicamente por horror al trabajo y cebo del lucro. No es la psiquiatría, sino la justicia criminal, la que es competente para apreciarlo.

II

LOS PLAGIARIOS «JOVENES-ALEMANES»

Este capítulo sale, en realidad, fuera del marco de este libro. No hay que olvidar que no he querido escribir ni una historia de la literatura ni ejercer la crítica estética corriente, sino demostrar el estado de espíritu malsano de los iniciadores de las tendencias literarias á la moda. No entra en mi plan más que ocuparme de esos degenerados ó dementes que crean sus obras con arreglo á su propia vida psíquica morbosa y encuentran por sí mismos la fórmula artística de sus especialidades, es decir de los jefes que siguen su camino como quieren ó como tienen que hacerlo. En cuanto á los simples imitadores, los he dejado á un lado por principio en todo el curso de mi información; primero, porque los degenerados auténticos no forman entre ellos sino una escasa minoría, mientras que la gran mayoría es un hato de embaucadores y de parásitos perfectamente responsables, y luego después porque aun los pocos enfermos que se encuentran en sus filas no pertenecen á la clase de los degenerados «superiores», sino que son infelices débiles de espíritu que, tomados separadamente, no poseen ninguna importancia y no merecen á lo sumo una mención fugitiva, sino en tanto que atestiguan la influencia de sus maestros sobre desequilibrados.

Si pues, á pesar de esto, consagro un capítulo especial á los pretendidos «realistas» «jóvenes-alemanes», mientras que me he limitado á unas cuantas palabras

acerca de los discípulos italianos y escandinavos de M. Emilio Zola, no es á buen seguro en modo alguno que aquellos tengan más valer que éstos. Al contrario: algunos «veristas» italianos, el danés J.-P. Jakobsen, el noruego Arne Garbog, el sueco Augusto Strindberg, por desprovistos que estén de originalidad real, poseen, no obstante, en el dedo meñique más vigor y talento que toda la «Joven-Alemania» tomada en conjunto. Por ende no me fijo en ésta, sino porque la historia de la propagación de un contagio intelectual en su propio país tiene incontestablemente importancia para el lector alemán, y también porque la manera cómo este grupo ha aparecido y se ha impuesto, pone de relieve algunos rasgos en los cuales se halla de nuevo la neurosis de la época, y en fin, porque algunos de sus miembros son buenos ejemplos de histeria intensiva; tienen al lado de una incapacidad completa y de una debilidad de espíritu general, ese egotismo malo y anti-social, esa obtusión moral, esa necesidad irresistible de atraer sobre sí la atención, no importa por qué medios, esa vanidad y ese amor de sí mismo bufos, que caracterizan la enfermedad.

No lo he de disimular: en el momento en que me vuelvo hacia el movimiento «joven-aleman», me cuesta trabajo conservar la impassibilidad con la cual he observado hasta aquí, siguiendo un método científico, los fenómenos dados. Experimento, como escritor alemán, una vergüenza profunda y dolorosa ante el aspecto de lo que se ha proclamado durante tanto tiempo y tan brutalmente, con estridentes toques de corneta, ostentando el desprecio sistemático hacia todo lo que no llevaba su etiqueta, la única y exclusiva literatura alemana del tiempo presente —¡y aun del porvenir!— hasta que una gran parte del público alemán y hasta incluso el extranjero burlón llegasen á tomar efectivamente la cosa como siendo tal ¹.

¹ *Le Temps*, número del 13 de Febrero de 1892: «La literatura corriente... es al presente en Germania de una indignancia inaudita.

Desde el período de los genios de Weimar la literatura alemana no dejaba de representar el papel de guía en la humanidad civilizada. Eramos los inventores, los pueblos extranjeros eran los imitadores; aprovisionábamos al mundo de formas poéticas y de ideas. El romanticismo nació entre nosotros y no llegó á ser sino muchos años después en Francia, de donde pasó luego á Inglaterra, una moda literaria y artística. Goerres, Zacharias Werner, Novalis, Oscar de Redwitz, crearon entre nosotros el misticismo y el neo-catolicismo líricos á los cuales Francia acaba tan sólo de llegar. Nuestros poetas precursores de la revolución de 1848, Karl Böck, Jorge Herwegh, Freiligrath, Luis Seeger, Federico de Sallet, R. E. Prutz, etc, cantaban ya la miserias, las rebeldías y las esperanzas de los desheredados, antes de que hubiesen nacido los Walt Whitman, los William Morris, los Julio Jouy que se quisiera considerar hoy en América, en Inglaterra y en Francia como los descubridores del cuarto estado de la poesía lírica. El pesimismo se encarnó poco más ó menos al mismo tiempo en Italia, en Leopardi y entre nosotros, en Nicolás Lenau, más de una generación antes de que el naturalismo francés edificase su arte sobre él; Goethe

De un cabo del año al otro, se hace imposible fijarse en una novela, un drama, una página de crítica dignas de ser señaladas. La misma *Deutsche Rundschau* convenía recientemente en ello con desesperación; no son sólo el ingenio y el estilo lo que falta: todo es pobre, vacío y vulgar; se creería uno en Francia en tiempos de Bouilly... Hasta la intención de elevarse por encima de un cierto nivel de escritura vulgar parece faltarles; acaba uno por estar agradecido á un autor alemán contemporáneo cuando se nota en él... el más sencillo esfuerzo para no escribir ya más como un barrendero». Que se trata aquí del juicio de un enemigo burlón, es cosa que advierte todo alemán que está al corriente del conjunto de la producción literaria de sus contemporáneos; dicho juicio, no obstante, se explica y se justifica porque en el día los «realistas» solos meten bastante ruido para que se les oiga en determinados lugares del extranjero, y que allí las gentes se alegran por poder considerarles como los representantes de toda la literatura alemana del tiempo presente.

creó la poesía simbólica en la segunda parte del *Fausto* medio siglo antes que Ibsen y los simbolistas franceses parodiasen dicha tendencia. Toda corriente sana y toda corriente patológica en la poesía y en el arte contemporáneos pueden ser referidas á una fuente alemana, todo progreso y toda decadencia sobre este terreno tienen su punto de partida en Alemania y la teoría filosófica de toda nueva manera de pensar, así como de todo nuevo error que, desde hace un siglo, se han apoderado de la humanidad civilizada son alemanes quienes la han suministrado: Fichte, la teoría del romanticismo; Feuerbach (casi al mismo tiempo que Augusto Comte, entonces menos notado que él), la de la concepción mecánica del mundo; Schopenhauer, la del pesimismo; los hegelianos Max Stirner y Karl Marx, la del egotismo y la del colectivismo más exclusivos, etc., Y ahora sufrimos la humillación de ver á una patulea de plagiarios despreciables ir vendiendo por esos mundos como el producto « más moderno » que ofrece Alemania, como la flor y nata de la literatura alemana de hoy y de mañana, la más pesada y la más grosera falsificación de mezquindades francesas que todos los buenos espíritus en Francia misma han abandonado ya y repudian, y tenemos que dejar que nos digan los críticos extranjeros: « Se ven expuestas en los escaparates alemanes como lo que hay más nuevo, y candidamente aceptadas por el público, viejas modas despreciadas en Francia hasta por las bellezas de aldea ». Los realistas niegan, naturalmente, que sean unos pesados repetidores y que siguen á larga distancia penosamente á los otros ¹; pero el que sabe sobre el arte y la poesía

¹ Arno Holz y Johannes Schlaf, *La Familia Selicke*, 3.ª edición, Berlín, 1892, pág. 6: « Nada puede ya en realidad hacernos sonreír más... que cuando se nos rotula, en el apuro de un corazón que invoca modelos, como plagiarios de los grandes extranjeros. Que se sepa pues... se reconocerá algún día: nunca todavía ha habido en nuestra literatura un movimiento menos influido por lo de

un poco más de lo que se aprende en una taberna de Berlín concurrida por los realistas ó en un perioducucho de esa camarilla, el que abarca en toda su extensión el movimiento contemporáneo de los espíritus, sin pararse en las fronteras de su propio país, ese no tiene duda alguna que el realismo alemán pueda tener para Alemania misma como fenómeno local, una triste importancia; pero que no existe siquiera para la literatura universal, porque todo vestigio de originalidad personal ó nacional le falta, y porque no tiene la menor nota nueva que añadir al coro en el cual las voces de la humanidad expresan el sentimiento y el pensar de ésta.

Plagiarios colocados en tan bajo nivel como los realistas alemanes no tienen ningún título á que se les consagre á cada uno de ellos un examen detallado. Al hacerlo, se pondría uno sencillamente en ridículo á los ojos de las gentes capaces de discernimiento y se haría uno, además, el cómplice de cómicos de la legua á los cuales se les importa poco que se les alabe ó se les censure, con tal que se les nombre. Y otros motivos aún me invitan á la prudencia en la elección de los ejemplos que me propongo someter al lector. Tengo la firme convicción que dentro de pocos años todo este movimiento caerá en el olvido, hasta el nombre mismo; los mocitos que hoy pretenden ser el porvenir de la literatura alemana, descubrirán poco á poco que la tarea en la cual se emplean es menos agradable y lucrativa de lo que se habían imaginado ¹.

afuera, tan fuertemente nacido en nuestros adentros, más nacional, en una palabra, que este mismo movimiento al principio de los desarrollos del cual asistimos hoy y que ha tenido por punto de partida visible nuestro *Papa Hamlet*. *La Familia Selicke* es la comedia más alemana que posee nuestra literatura, etc.» Este pasaje puede servir al lector de modelo á la vez del estilo que emplean esos mocitos y del tono con el cual hablan de ellos y de sus secreciones.

¹ La lamentación de la falta de dinero es en los « jóvenes-alemanes » una letanía incesante. Oigamos al barón Detlev de Liliencron: « Hoy otra vez no tenías que comer;—En desquite, no hay un granuja que no se haya hartado plenamente.—« El terror de la

Aquellos de entre ellos que poseen todavía los últimos restos de salud y de fuerza, hallarán el camino de su vocación natural y se convertirán en mozos de restaurant ó criados de servir, serenos ó buhoneros ambulantes, y temerá yo perjudicarles en esos honrados oficios, si clavase aquí en la picota el recuerdo de su aberración anterior, que de otro modo será olvidada por todos. Los más débiles y los más perezosos de entre ellos que no podrán virilmente resolverse á ganarse el pan por una ocupación lícita, desaparecerán probablemente como borrachos, vagabundos, mendigos, quizá hasta como detenidos criminales, y si á la vuelta de unos cuantos años un lector serio llegase á encontrar sus nombres en este libro, tendría derecho para exclamar: ¿Pero qué es esta broma de mal género? ¿qué es lo que el autor pretende hacerme creer con esto? ¿pero si esas gentes no han existido nunca! En fin, un pseudo-escritor absolutamente incapaz, está desprovisto individualmente de toda importancia y no la adquiere sino como parte constitutiva de un número; no puede pues, ser tratado críticamente, sino tan sólo estadísticamente. Por todos estos motivos, no sacaré del montón más que algunas figuras y algunas obras para mostrar con su ayuda lo que es en verdad el «realismo» alemán.

El fundador de la escuela realista es Karl Bleibtreu. Realizó su fundación publicando un folleto cuyo rasgo más original era una cubierta de un rojo brillante surcada por relámpagos negros en zigzág y que llevaba este título á guisa de golpe de bombo. *Revolución en la Literatura*. En este escrito-reclamo, Bleibtreu rebajaba sin la más ligera tentativa de prueba, pero con mucho aplomo,

condenación infernal, es—Un jardín de rosas bajo los besos de la primavera, —Cuando pienso cómo esto roe el corazón y el alma,— Tener que ser á cada momento mordido por la necesidad de dinero». I. Karl Bleibtreu: «El bronce reina, el oro reina,—El genio continúa su camino mendigando». «Decir suya una tonelada de oro—¡Sublime objetivo inasequible del hombre!», etc.

á toda una serie de escritores estimados y afortunados; juraba por todos los dioses que estaban muertos y enterrados, y anunciaba la aurora de una nueva época literaria que contaba ya cierto número de genios á la cabeza de los cuales estaba él en persona. Sobre Carlos Bleibtreu como escritor no hay mucho que decir. Ha hecho ensayos en todos los géneros y no ha tenido éxito en ninguno. Como una muestra del Bleibtreu lírico, copiaré la primera estrofa de su poesía *Ahasverus*, que hubiera podido escribir Hofmann de Hofmannswaldau en uno de sus peores momentos:

«El sol descende. ¡Oh ardiente oráculo,—Oh nimbo de la naturaleza, polo del planeta!—¡Oh cirio sobre el tabernáculo de la creación,—Símbolo del genio!»

Como dramático ha perpetrado un Napoleón informe y ha ensartado juntas diferentes comedias terroríficas para teatros de verano; al lado del contenido de estos dramas son verdaderas obras maestras las farsas y espectáculos de los cómicos de feria. En sus novelas ha imitado á Björnson parodiándole de un modo pueril, y trata de despertar alguna atención por medio de obscenidades. A lo menos son desconocidas algunas ampulosidades, del estilo más espiritual de los oficiales zapateros, que recuerdan las perífrasis de los trozos que han quedado de la gran obra del Estado Mayor de la guerra de 1870 que relataban al lector siempre con viva parcialidad las batallas de los grandes días. En estas novelas que nadie ha leído, Bleibtreu ha injuriado é insultado á personas particulares, por lo cual ha tenido que comparecer alguna vez ante los tribunales. Jamás contienen sus libros (de los cuales ha puesto á la venta un inmenso número que el público no aceptaba), ni una idea nueva ni personal, ni un reflejo verdadero de la realidad; son un montón sin pies ni cabeza que prueban lo que han decaído, se han corrompido y echado á perder todas las literaturas de las dos generaciones últimas.

Como escritor Bleibtreu, á pesar de un número ya grande de obras diversas, no tiene todavía un gran nombre; pero sería injusto desconocer su gran habilidad en tanto que hombre del oficio. Bajo este respecto, *Revolución en la Literatura* es una producción modelo; con una habilidad acabada mezclaba con los escritores calificados á los que no dejaba hueso sano, algunos hombres de moda insignificantes que es sin duda algo inocente combatir con grandes gestos de gladiador, pero á los que nadie habría defendido contra un desdén sonriente; y la presencia de esos intrusos sin mandato en el grupo que Bleibtreu emprendía extirpar de la literatura, podía dar á su acometida guerrera á los ojos de los lectores superficiales una apariencia de razón. No menos hábilmente escogidos estaban las gentes que presentaba á los lectores como siendo los nuevos genios; con excepción de dos ó tres honradas medianías para las cuales hay siempre un pequeño sitio modesto en la literatura de un gran pueblo, eran completas nulidades de las cuales él mismo no tenía nunca que temer una concurrencia peligrosa. El más grande de sus genios es, por ejemplo, Max Kretzer, un hombre que escribe en el alemán de un negro del Camerún pretendidas novelas «berlinesas» de las cuales la más conocida, *Los Degradados*, es berlinesa hasta tal punto que diluye sencillamente la historia de la viuda Gras y del obrero Gaudry que se desarrolló en París en 1877. Este suceso célebre á título de primera aventura de *cocotte* en la cual el vitriolo haya representado un papel, podía únicamente ocurrir en París, y sólo en las condiciones de la vida parisiense; es específicamente parisiense, pero Kretzer quitó tranquilamente la etiqueta de París que reemplazó por la de Berlín y así creó una «novela berlinesa», ensalzada por Bleibtreu como el ideal de una exposición «exacta» y «verdadera». Bleibtreu revistió á sus «genios» recién descubiertos que recuerdan los reclutas de que dispone Falstaff: Enmohecido, Sombra, Verruga, Débil

y Toro (*El Rey Enrique IV*, segunda parte), con un uniforme que ni de intento podía escoger más vistoso; los atavió, con efecto, con las vestiduras de los bandidos de Schiller en los bosques de Bohemia, los hizo pasar por una tropa de rebeldes, por combatientes de barricadas, por los cazadores de Lutzow en la lucha de emancipación contra la beatería, el reinado de las pelucas y de las coletas y todos los apagaluces, y podía esperar que la juventud y los amigos del progreso le tomasen por algo serio, viéndole marchar á la cabeza de sus pobres entes inválidos y de sus lisiados de tal modo disfrazados.

El plan de Bleibtreu, aunque excelentemente combinado y conducido no triunfó sino en parte. Apenas había en cierta medida organizado y adiestrado su reducida tropa, cuando ya ésta se insurreccionó contra él y le derribó; no escogió á otro capitán, dado que cada simple soldado quería ser jefe por su parte y sólo los más débiles y los más tímidos de la cuadrilla reconocían, además de su propio genio, la existencia de otro genio aun. Bleibtreu no ha digerido hasta ahora la ingratitud de las gentes que habían tomado en serio su mixtificación y se habían considerado realmente como los genios por los cuales él los había confiado á la trompeta de la fama sin correr riesgos, creía él firmemente, y exhala todavía en su última publicación (*Un Diario Lírico*) su dolor, en estos versos amargos: «¿Para qué esta larga lucha? ¡Es vana!—Y mi mano se paraliza.—¡Viva la mentira, la estupidez, la locura!—¡Adiós, cochinería alemana!—La tierra de la tumba apagará el incendio.—He sido, hasta donde mi recuerdo alcanza,—Un verdadero necio.—¡Yo no era un honrado alemán,—Era un cisne herido!»

Bleibtreu no ha podido dar talento á los realistas inventados por él, pero éstos han tomado de él alguna de sus mañas: se han asociado como miembros de honor para hacer impresión sobre los profanos, algunos escritores apreciables que se extraña uno de encontrar en esa

galera. Así es como los realistas cuentan, por ejemplo, como de los suyos á Teodoro Fontane, un verdadero poeta cuyas novelas ocupan honrosamente su sitio al lado de las mejores producciones en este género de no importa qué país de Europa; á H. Heiberg, un talento vigoroso aunque desigual, obligado desgraciadamente por circunstancias exteriores según parece, á un trabajo apresurado y excesivo contra el cual su conciencia artística protesta quizá en vano, y á Detlev de Liliencron, que sin duda no es un genio, pero sí un buen lírico que posee bien la forma y que no desmerece del todo al lado de los poetas epigonos, tales como un Hans Hopfen, un Hermann Lingg, un Martín Greif. Dado el nivel elevado que la poesía lírica alemana, la primera del mundo aun á juicio del extranjero, ha ocupado sin interrupción desde Goethe, es ya hacer un gran elogio de un poeta alemán poder decir que no es inferior al término medio de los setenta últimos años; Liliencron, por lo demás, no pasa de ese término medio y no veo cómo puede equitativamente colocarse por encima de Rodolfo Baumbach, por ejemplo, que los realistas afectan menospreciar probablemente porque ha desdeñado juntarse á su cuadrilla. No es incomprendible que un Fontane ó que un Heiberg consientan soportar la promiscuidad importuna de los realistas; la Iglesia también á veces admite, para ayudar á misa, á chiquillos de la calle que no tienen que hacer más que columpiar la custodia; y la única cosa que se les ha pedido para ser nombrados realistas honorarios, es soportar en silencio y sonrientes este compromiso de un nombre honorable. Sólo Liliencron se cree obligado á hacer algunas concesiones á sus nuevos compañeros, hablando á trechos, en sus últimas poesías no ya su propio lenguaje, sino el de aquéllos, como por ejemplo, cuando dice: «¿Quién está libre en el castillo? El castellano está á la muerte». «Tiñoso, negro dolor», «... sabe que sus corceles—sin que se les excite ni fustigue—pueden

desbocarse alguna vez,—Que son bravos compadres». «Toma (!) «¿qué hay?», «Y nosotros sentimos que nos ensuciamos,—Que nos hemos desacreditado—Terriblemente, terriblemente nos desacreditamos», etc. Así, su caso prueba que no está en modo alguno absolutamente exento de peligro aceptar el reclamo no solicitado de mocitos algo dudosos, y bien que sea una cosa tan humana encontrar agradable la alabanza aun viniendo de un tunante, aun verse ponderado más de lo que se merece, un escritor delicado no debiera decir con motivo de una admiración de esta clase, como el emperador Vespasiano con motivo del dinero del impuesto sobre las inmundicias: «Esto no huele».

Además de la introducción fraudulenta de algunos nombres estimables entre los suyos propios, los realistas han practicado aún y cultivado cuidadosamente una segunda treta de Bleibtreu: el disfraz efectista. Se atribuyeron (en la recopilación colectiva de poesías líricas titulada: *Joven-Alemania*, Friedenau y Leipzig, 1886), el nombre de «Joven-Alemania» que hacía resonar íntimamente el recuerdo de los grandes y audaces innovadores de 1830, así como el de las ideas de juventud floreciente y de primavera y se pusieron una nariz postiza de modernismo. Tendré que volver á ocuparme más adelante de esta pretensión de modernismo; pero observemos inmediatamente aquí que los realistas, plagiarios hasta la médula de los huesos, no poseen siquiera bastante originalidad para encontrar un nombre que les pertenezca en propiedad, y que han plagiado tranquilamente la designación con la cual el grupo Heine-Börne-Gutzkow se ha hecho célebre.

Como primera muestra de la literatura «realista» de la Joven-Alemania, citaré la novela de Heinz Tovote *En la embriaguez del amor*¹. Cuenta la historia de un antiguo

¹ Heinz Tovote, *En la embriaguez del amor*, novela berlina, 6.^a edición, Berlín, 1893.

oficial de familia rica, Herbert de Duren, que traba conocimiento con una tal Lucía—que había sido camarera de cervecería y amiga íntima de una multitud de jóvenes que se habían ido relevando uno á otro—la hace su querida y se embriaga durante tanto tiempo de su cuerpo que acaba, no pudiendo ya vivir sin ella, por hacerla su esposa. Herbert, que no conoce más que en parte el pasado de Lucía, la presenta á su madre, y ésta, que ve en seguida claramente las relaciones de su hijo con esa persona, da no obstante su consentimiento al matrimonio. El matrimonio se celebra; en la sociedad aristocrática y militar de Berlín, en cuyo medio la pareja de recién casados vive al principio, no tarda en saberse el pasado de la joven y todo el mundo la rechaza. Herbert permanece fielmente adicto á ella, hasta que descubre un día por casualidad en casa de un pintor «realista»—naturalmente—amigo suyo, un cuadro que representa á Lucía completamente desnuda en las ondas del mar. Concluye de esto, con mucha lógica, que su mujer ha servido así de modelo al pintor y la echa de su casa; de hecho, no obstante, el pintor «realista» ha pintado la figura desnuda de fantasía y no le ha dado involuntariamente las facciones de Lucía, sino porque experimenta en secreto hacia ella una admiración respetuosa (¡calcúlese lo que hubiera sido si se tratara de una admiración irrespetuosa!). Herbert entonces se arrepiente y se pone en busca de Lucía que ha desaparecido y á la cual descubre, después de esfuerzos capaces de destrozarse el corazón de cualquiera, en su propia casa, donde ella ha vivido meses enteros sin que él lo sepa. La reconciliación de los esposos se produce en medio del enternecimiento general, y la joven esposa muere al dar á luz un niño y pronunciando palabras rebosantes de sentimiento.

No perderé el tiempo en demostrar la necedad de esta historia. Lo esencial, por otra parte, en una novela no es la fabulación, sino la forma en el sentido estricto y en el

sentido amplio: la lengua, el estilo, la composición, y éstos voy á examinarlos de un poco cerca.

Lo primero de todo que se tiene derecho á exigir de un hombre que se permite escribir profesionalmente para el público, es decir también para las gentes ilustradas de su nación, es evidentemente que posea la lengua. Ahora bien, Heinz Tovote no tiene idea ninguna del alemán; comete á cada instante faltas groseras—solecismos, faltas de sintaxis, ignorancia del valor de las palabras—que son sencillamente horripilantes. Algunas de esas abominables faltas de lenguaje están bastante extendidas, otras pertenecen á la jerga de la clase más grosera del pueblo, pero hay otras que Tovote nunca ha podido oír: son la resultante de su ignorancia personal de la gramática alemana. He aquí una prueba que dará una idea del alemán de Tovote: «En un restaurant corren... llevando tartinas de pan» (*Bröten Bröschen*).—«Es raro como en una capital todo el mundo puede encontrar á una señora sola», etc.—¹.

Pasemos á su estilo. Cuando Tovote describe, tiene por principio escoger para determinar y fortificar el sustantivo, el adjetivo más naturalmente contenido en aquél; he aquí algunos ejemplos de esta tautología insoportable: «Una tempestad de Enero helada», «En la Friedriech strasse se agolpaban coches ligeros elegantes», «Encarnación de la gracia más amable», «Una soñolencia perezosa», «Ardían en fuego en el último fulgor», «Sufría (ella) dolores penosos», etc. Dudo que un escritor por poca estima que tenga de sí mismo, de su vocación, de su lengua materno, de sus lectores, ensarte semejantes palabras unas detrás de otras. No es necesario, en la caza del «epíteto raro y precioso», ir tan allá como los artistas del estilo en Francia, pero semejantes desperdicios de los adjetivos

¹ Siguen otros cuantos ejemplos de locuciones populares alemanas que se prestan á equívoco y son punto menos que intraducibles.—Me limito á dar este ejemplo tomado directamente del original alemán.—(N. del T.)